

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XLIII.

LAS CUATRO ÉPOCAS
(SOULIÉ).

TOMO TERCEO.

LOS ROMANOS.

MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 2.º

1878.

TERCERA ÉPOCA.

LOS ROMANOS.

I.

Entre el oleaje de una inmensa muchedumbre que invadía las calles de Nemausus (1) marchaban, abriéndose paso con gran trabajo, un gallardo mancebo y una

(1) Nimes, antigua, bella y muy floreciente ciudad del Languedoc, con 40.000 habitantes, y capital hoy del departamento del Gard. Aun se ven en ella muchos y muy notables monumentos, siendo, despues de Roma, la ciudad que más recuerdos conserva de la grandeza romana. Entre todos ellos merece especial mención un antiguo circo, cuya magnificencia no tenía rival. En 1682 se organizó y constituyó allí la Academia Francesa. Desde el siglo xvi fué teatro de sangrientas guerras de religion, por haber abrazado sus moradores la secta de Calvino, hasta que en 1685, Luis XIV mandó arrasar su templo, edificando sobre sus cimientos una fortaleza para dominarlos y contenerlos. Se han celebrado en ella muchos Concilios, y ha sido patria de Homicio Afer, de Juan Bautista Coteller, de Jacobo Saurin y de Juan Nicot, que llevó de Portugal á Francia el tabaco en 1539.—(N. del T.)

bella jóven, sin que nadie se fijase en ellos, por más que ambos fuesen dignos de llamar la atención en aquella ciudad, residencia del lujo, de la intemperancia, de los vicios y del libertinaje. El jóven era de continente esbelto, de negros cabellos, de tez morena y de ardiente y fiera mirada: la doncella era uno de esos bellísimos tipos cuya virginidad y delicadeza se transparentan en la ternura de su rostro, y en la expresión de sus facciones, que se destacaban sobre el fondo de su negra cabellera.

El notable parecido y la semejanza de estos dos jóvenes atestiguaban muy claramente que eran hermanos. La belleza de ambos era extraordinaria, y sin duda alguna hubiera sido admirada por los transeúntes, si no hubieran sido las primeras horas de la mañana, y si hubieran estado transitando por las calles gentes de una clase más distinguida.

Aquella multitud, compuesta del pueblo bajo, no caminaba, sin embargo, en dirección á los talleres, ni en actitud de acudir al trabajo; porque ningún individuo llevaba instrumento ni herramienta alguna de labranza, ni de ninguna otra profesión. Los únicos á quienes se veía con los útiles de su oficio eran los peluqueros, que llevando en las manos sus estúffilas y sus

hierros de rizar los cabellos, andaban de un lado para otro entrando y saliendo de las casas con diligente actividad, como de estar grandemente ocupados en el desempeño de sus funciones. Las demás gentes caminaban en una misma dirección, y parecían que afluían á un determinado punto de reunión.

Muy fácil hubiera sido comprender que aquellos dos jóvenes eran extranjeros: lo demostraba la timidez de sus pasos y lo comprobaban sus miradas, interrogando la situación y las circunstancias de todos los edificios, como si quisieran reconocer las de alguno cuyas señas se les hubieren indicado, sin que á pesar de esto acertasen á descubrirlo. Al principio habían intentado preguntar á las personas que se encontraron; pero unas ni siquiera les habían respondido, y otras lo habían hecho de un modo tan soez y tan brutal, que más de una vez había estado Cneyo á punto de corregir severamente á aquéllos á quienes había interrogado, conteniéndole solamente el temor que se retrataba en la mirada de Chrysis.

Caminando á la ventura llegaron hasta el Foro (1), donde vieron un numeroso grupo

(1) Nombre que daban los romanos á una extensa plaza construida en casi todas sus ciudades, con igual for-

de gentes que se apiñaban bajo uno de los arcos del pórtico, en cuyo centro declamaba un individuo con frase tan violenta y enérgica, ó con alusiones tan intencionadas, que, ora excitaba los murmullos y los rumores del auditorio, ora provocaba sus carcajadas y las más ruidosas manifestaciones de entusiasmo. El orador era un poeta á quien unos estudiantes de retórica que salían de las aulas habían hallado dormido; encontrando con esto la juventud un pretexto de distracción, despertándolo primero con violentas sacudidas, y excitándole despues á recitar versos. El poeta, por el contrario, en vez de acceder á las pretensiones de los estudiantes, habia empezado á declamar contra éstos; luego la emprendió en su discurso contra sus profesores, y finalmente, se lamentaba de la corrupción de los hombres, de la decadencia de las artes y del olvido de las virtudes. Precisamente tocaba estos extremos en su oratoria cuando Cneyo y Chrysis llegaron al Foro y se confundieron entre la muchedumbre, á la cual exhortaba el poeta en estos ó parecidos términos:

—Sí; —decía— estamos presenciando la

ma, de figura oblonga y rodeada de pórticos y columnas. En ellas se reunía el pueblo para todos los actos públicos, como elecciones, proclamaciones, etc.—(N. del T.)

agonía del arte en este siglo, llamado falsamente siglo de hierro, siendo en verdad el siglo del oro. ¿Por qué florecían en la antigüedad todas las artes? Porque nuestros padres no tenían más pasiones que la pasión de la virtud: Demócrito (1) consumió toda su vida haciendo experimentos con el jugo de las plantas para estudiar y sorprender los secretos de la naturaleza: Eudoxio (2) vivió y envejeció en la cima de una roca elevada, desde donde estudiaba el movimiento y la marcha de los astros: Crisipo (3) se hizo administrar eléboro (4) por tres veces para excitar en su cerebro los pensamientos ingeniosos: Lisipo (5) sucumbió por el dolor que le pro-

(1) Demócrito, sabio de Grecia, defensor y propagador de la teoría de los átomos, vivió por los años 450 años de J. C., y fué discípulo de Leusipo.—*Tratado del Universo*.—(N. del T.)

(2) Eudoxio de Guido, astrónomo griego que floreció por el año 570 años de J. C.—*Tratado de los fenómenos*.—(N. del T.)

(3) Crisipo, filósofo estoico, discípulo de Cleanto, vivió 280 años antes de J. C., y combatió á los epicureos y á los académicos.

(4) Elebor ó Eléboro, nombre dado á varios agentes terapéuticos. En la antigüedad se consideraban de suma importancia para el mejoramiento de las funciones mentales.

(5) Lisipo, escultor griego que vivió por los años 250 años de J. C. Una de sus obras más celebrada es la magnífica estatua de Hércules que se admira en el palacio Pitta en Florencia.

dujo la imperfeccion de un solo rasgo en una de sus estatuas: Miron (1), de quien puede decirse que animaba los broncees, dándoles alma y vida en las figuras de los animales que retrataba, no ha tenido un heredero digno de su nombre y de su buril. Por otra parte, ¿qué ha sido de la filosofía, de la astronomía y de la dialéctica? ¿Dónde están hoy aquellos hombres que acudían á los templos para implorar á los dioses que los iluminasen con la sabiduría y la prudencia? ¡Ah! Ni áun siquiera se va á los templos para pedir la salud: se acude á ellos, sí, para solicitar el descubrimiento de un tesoro, para rogar y hacer votos por la muerte de aquel á quien se espera heredar, así sea el mismo padre. Y como es oro lo que se pide á los dioses, con oro es preciso tambien formular las oraciones. Los hombres han convertido á Júpiter en un mercader de beneficios, y el mismo Senado le ofreció no hace mucho tiempo 4.000 talentos de oro si hacía cesar la carestía y el hambre que entónces nos affigia. ¡Cuánto mejor hubiera sido emplear ese dinero en la compra de trigos! Pero los sacerdotes tenían necesidad de

(1) Miron, escultor griego del siglo v antes de J. C., émulo de Policletes, y que sobresalió en pintar animales.

aquel oro para renovar sus vestiduras y sus ornamentos. Y si volvemos la vista á nuestros tribunales, ¿qué es lo que nos exigen nuestros magistrados y nuestros jueces? ¿Cómo les acreditais vuestros derechos? ¿Es por ventura con razones y con fundamentos legales? No: es tambien con oro. Ya pasaron aquellos tiempos en que los pretores venian á sentarse en su tribunal, ahitos de manjares y bajo la influencia del vino con que les habian obsequiado los litigantes: ya no corren tampoco aquellos otros en que el embrutecimiento de tales magistrados pueda igualarse al de Grayo Lena, que hizo poner un ánfora de vino bajo su sitial, teniendo horadado el asiento para poder hacer frecuentes libaciones con el auxilio de un bombillo de cristal.

No; ya no es con el vino ni con las comilonas con lo que se conquista el fallo de los jueces, sino con el oro. Ved, sin embargo, á vuestros magistrados flacos y descoloridos, porque no se alimentan más que con reses muertas y con garbanzos, añadiendo la avaricia á la concupiscencia y á las más desordenadas pasiones. Ahí teneis lo que sois, ciudadanos, y lo que son nuestra sociedad y nuestras costumbres: aplaudid cuanto querais.

El populacho habia acogido con mues-

tras de aprobacion y regocijo los ataques del poeta, porque éstos no iban dirigidos más que contra los sacerdotes y contra los magistrados. Así es que las aclamaciones de todos pedian que continuase el discurso. En aquel momento el retórico Flavio, que habia salido de su escuela, se abrió paso entre la muchedumbre, hasta colocarse frente á frente al orador, y exclamó impetuosamente con la más enérgica expresión :

— ¡Y quién eres tú, miserable, que tienes la osadía de dirigir tales ataques á las clases y á las instituciones más respetables que existen en esta ilustre metrópoli? ¡Ah! Yo voy á decirte quién eres tú; sí: tú eres un griego. Y vosotros que le escuchais, ¿sabeis lo qué es un griego? Pues tambien voy á decíroslo. Un griego es un bipedo semejante al hombre. Todos los años vemos llegar aquí bandadas de estos seres. Un griego es un hombre venido de Sicione ó de Andros, de Samos ó de Frales, de Amidon ó de Aténas: nadie podria averiguarlo, nadie sabrá su origen ni su procedencia. Tan pronto como llega á la ciudad le veis que se sitúa en el peristilo del Capitolio ó en las inmediaciones de la Puerta Itálica para dirigir humildes y aduladoras saluciones á todos los que pasan por aquellos lugares, si sabe que poseen

riquezas; porque el griego de lo primero que ha tenido cuidado ha sido de averiguar quiénes son los ricos, despues se ha informado quiénes son los más incautos, luego ha inquirido quiénes son los más espléndidos ó los más generosos, y finalmente, ha olfateado quiénes son los más libertinos. Cuando inútilmente ha ensayado vivir con el producto de los vicios, muda de consejo é intenta vivir á costa de la virtud. Desgraciado, pues, de aquel á quien un griego le dirija la palabra y le escuche; doblemente desgraciado si le ha respondido, y mil veces desgraciado si le ha preguntado algo: en cualquiera de estos casos el griego habrá llegado á serle ya indispensable. Un griego no es un hombre: es el conjunto de muchos hombres, el compendio de todos los hombres. Porque un griego es un gramático, es un retórico, es un geómetra, es un pintor, es un cómico, es un saludador, es un adivino, es un danzante, es un médico, es un nigromántico. ¿Qué no será un griego hambriento? ¡hasta poeta, ya lo veis! Crítico calumniador de los que se encuentran ausentes, siempre le veréis adular á los que le escuchan; y su atrevimiento en estas cosas pasa los límites de la osadía: dirá que es un Hércules al que vea más flaco y enfermizo: si aquel á quien intenta explotar es aficionado á la música,

lo apellidará Anfion (1), aunque cante como una gallina clueca: si le dais entrada en vuestra casa y teneis una abuela que no haya hecho testamento, dirá á la pobre anciana que es la mismísima Hebe (2); y si ella se pone triste, él no cesará de llorar amargamente, y si se sonrie se desvernillará á carcajadas: si ella dice que hace frio, él se colocará seis túnicas una sobre otra, y si dice que tiene calor, él es susceptible de sudar á mares aunque sea sobre un lecho de hielo. No podréis formar un cálculo exacto de todo cuanto es capaz un griego, y sin embargo, ved aquí uno más miserable y más hediondo, puesto que no ha podido afeitarse esa barba asquerosa ni asearse esas uñas, almacenes de estiércol. Pueblo de Nemausus, escupe sobre ese lodazal de vicios.

Flavio hubiera empezado á dar el ejemplo con la ejecucion de aquel ultraje, á no haberlo evitado el mismo Enmolpe con un instantáneo movimiento; pero el griego no

(1) Anfion, hijo de Júpiter y de Antíope. Mercurio le enseñó la música y le regaló una lira, á cuyos acordes las piedras se conmovían y marchaban por sí solas á colocarse unas sobre otras para formar los muros de Tebas.

(2) Diosa de la juventud, hija de Júpiter y de Juno, que servía el néctar á los dioses en el Olimpo. Tenía muchos templos en Roma.— (N. del T.)

se libró de recibir aquella injuria sobre el rostro más que á cambio de sufrir otra con la punta del pié de Flavio, que acarició sus asentaderas. Disparado este primer tiro, vióse acribillado súbitamente el desdichado poeta con un aguacero de punta-piés y una lluvia de mojicones, no escapando de tan copioso vapuleo sino merced á los ecos de una trompeta que, tocada desde lo más alto del palacio, difundió por los ámbitos del espacio sus estrepitosos y metálicos sonidos. Era uno de los heraldos de la ciudad, encargado de anunciar las horas del día.

Tan pronto como los estudiantes y la muchedumbre hubieron escuchado aquella señal, prorumpieron por todas partes con atronadoras y animadas voces, exclamando:

— ¡Al Circo! ¡Al Circo! ¡No vamos á alcanzar sitio!

Instantáneamente se vió despejado el Foro de toda aquella multitud, y sólo quedó allí el poeta, que se cubria la cabeza con el embozo de su mantolin. Chrysis y Cneyo, ocultos en lugar apartado tras uno de los arcos, lo observaban con lástima é iban á aproximarse á él, cuando Eumolpe, calculando estar ya solo, se descubrió, adquirió la perfecta seguridad de su situación, puso en orden sus vestidos, sacu-

diéndoles el polvo, y recobró, en fin, su aire resuelto, confiado y altivo.

Cneyo meditaba al mismo tiempo sobre los discursos del poeta y del retórico, porque Eumolpe tenía razón y Flavio también. La ciudad era lo que había dicho el griego; pero éste había sido fiel y exactamente retratado por el retórico.

Eumolpe pasó su mirada por todo el ámbito del foro y vio á los dos jóvenes extranjeros á quienes estuvo observando atentamente. Aunque el porte de los dos hermanos no revelase al exterior ningún signo de opulencia, sus rasgos, sus maneras y el aspecto de ambos revelaban un sello de dignidad y distinción, que bien á las claras podía comprenderse que su educación y su nacimiento no eran vulgares; y la imaginación activa del griego formó su composición de lugar, ideando en su pensamiento la historia y situación de aquellos dos jóvenes.

— Estos son dos hermanos; — decía — el parecido y semejanza de sus fisonomías lo atestiguan: deben llorar la muerte de sus padres, según lo demuestra el signo de sus blancos palios, y vienen á Nemausus á demandar la protección ó el amparo de algún rico pariente que los acoja y adopte.

Tan persuadido de la exactitud y certeza de esta suposición, hija de su perspicacia,

como si hubiera tenido en sus manos las pruebas de la realidad, Eumolpe se dirigió al sitio donde estaban los dos jóvenes, y cerca ya de ellos, les dijo con un énfasis que él consideró muy á propósito para inspirarles temor:

— Extranjeros, ¿cuál es el objeto de vuestra presencia en esta ciudad? ¿No sabéis que sólo está permitido residir en ella á los que han probado ante la autoridad del edil que poseen medios de existencia?

— Con sólo probar que existo — contestóle Cneyo, — dejaría probado al edil y á todo el mundo que poseo medios de existir.

El tono empleado por Cneyo en su respuesta había sido poco seductor y comunicativo; pero el griego no se arredró por ello, y reiterando sus ataques, le replicó:

— Sin duda alguna que tanto vos como la joven que os acompaña estais dotados de bastante belleza personal para que desde luego encontréis en Nemausus muy sobradamente grandes recursos; pero la compostura de tus vestidos se resiente de un modesto abandono, y la de tu hermana de exagerada severidad, para que podáis alcanzar la fortuna con vuestros atractivos físicos; tu palio cae sin arte, dejando ver demasiado ajustada tu cintura, y la túnica de esta joven sube hasta tocar al cuello y baja hasta cubrir sus piés.

El rostro de Cneyo se encendió por un sentimiento de cólera y de indignacion, y el de Chrysis fué coloreado por el pudor.

—Déjanos;—exclamó el jóven—apártate de nuestra vista, vil histrion, ó de lo contrario yo condenaré tu lengua al silencio, arrancándola con mis propias manos.

Cneyo hizo un movimiento para alejarse; pero el griego le detuvo, diciéndole con humildad:

—Tú eres sin duda alguna un jóven ilustrado y debes haber tenido buenos estudios; por consiguiente, la retórica te habrá enseñado que en toda discusion está permitida una suposicion maligna para arrancar al contrincante una declaracion honrosa y satisfactoria. Tu indignacion tan justa como severamente manifestada, me demuestra que eres un jóven animoso, honrado y de buenas costumbres, lo cual me entusiasma y llena de placer; porque son tan raras estas virtudes y tan poco practicadas, que se experimenta en el alma un vivo sentimiento de admiracion cuando se las encuentra unidas á tanta belleza y tantos atractivos personales.

El instinto pudoroso de la jóven se sublevó casi tanto con las alabanzas como ántes con la suposicion; pero la vanidad de Cneyo se consideró halagada con las frases del poeta, y respondió á éste:

—Pues bien, toda vez que has descubierto ya lo que deseabas saber, infórmame de una cosa que en vano he podido averiguar desde esta mañana: dínos cuál es la morada donde habita Silia.

Al escuchar el nombre de Silia, Eumolpe pareció concentrar sus recuerdos y sus reflexiones, buscando con ellos las diferentes informaciones que habia obtenido ó que habia podido adquirir la víspera al pisar por vez primera el suelo de Nemausus. Despues de algunos momentos encontró al fin en su memoria el nombre de aquella dama, y así como el abogado que descubre el nombre de uno de sus clientes en la cubierta ó carpeta del rollo concierne á su pleito, y que al lado de aquel nombre encuentra todas las indicaciones necesarias para el mejor conocimiento del asunto, el poeta, al recordar el nombre de Silia, recordó todo lo que respecto á esta mujer le habian informado.

—¡Silia!... —exclamó.— No solamente puedo conduciros á su morada, sino que tambien puedo introduciros en ella. Silia es una noble dama de Roma desterrada en Nemausus por decreto del emperador Nerón, que no pudo triunfar de sus virtudes y de su belleza, no precisamente por la resistencia de Silia, sino más bien por considerarse él mismo en extremo débil ante

el conjunto tan extraordinario de encantos y de atractivos que se reunían en esa hermosa mujer.

Cneyo y Chrysis parecieron confusos y conmovidos y volvieron sus rostros para ocultar las lágrimas que asomaban á sus ojos.

— Silia—continuó el griego—es la esposa del senador Cneyo Silano, el más valiente guerrero del imperio y su más elocuente orador, cónsul dos veces, honor de Roma y esperanza del pueblo.

Los dos jóvenes escucharon las primeras frases de Eumolpe con cierto placer de orgullo; pero las últimas palabras del poeta los abismó en la más amarga tristeza, y Cneyo exclamó con imprudente dolor:

— ¡Ay de mí! Ya no puede ser la esperanza del pueblo romano ni la de sus hijos; á todos nos ha sumido en el luto y en la horfandad!

Al oír esta exclamación de Cneyo el poeta griego hizo un gesto de sorpresa y de extraordinario asombro; había adivinado, ó mejor dicho, había logrado descubrir que aquellos dos jóvenes que tenía delante eran los hijos de Cneyo Silano; pero éstos, que habían ocultado sus rostros para enjugar sus lágrimas, no pudieron observar ni la sorpresa ni el júbilo de Eumolpe y no sospecharon que habían hecho traición

al secreto de su condición y nacimiento, afirmándose en esta falsa creencia al escuchar al poeta que, con un aire intencional de indiferencia, continuó diciendo:

— En efecto, la muerte de Silano es una desgracia enorme para nuestra patria; pero quizás no todos los romanos piensen de esa manera, y ¡quién sabe si hasta su misma viuda será la primera que se considere feliz por haber alcanzado una libertad que tal vez hace tiempo desea!

— No prosigas—le interrumpió Cneyo— y guíanos en silencio.

El griego no pudo descubrir lo que deseaba averiguar. Ignoraba todavía si los hijos de Silano lo eran también de su esposa Silia, ó si procedían de algún otro casamiento anterior, y se resignó á conocer este secreto cuando se presentase á Silia.

Después de un prolongado silencio, durante el cual llegaron á una extensa calle donde por uno y otro lado se elevaban suntuosas y magníficas moradas con severos pórticos y elegantes peristilos, dijo el griego:

— No solamente ha desaparecido de la tierra todo principio de justicia, sino que también del mismo cielo, á no ser que los dioses hayan querido abandonar al pueblo

romano hasta el punto de arrebatarse por la muerte sus más nobles ciudadanos, cuando apenas han llegado á la madurez de la vida, y cuando se encuentran en la plenitud de sus fuerzas, de sus facultades y de su poder.

Cneyo al oír este nuevo elogio de su padre no pudo contener la incontinencia de su lengua y replicó :

— No son ciertamente los dioses quienes han dispuesto de la vida de Silano, sino él mismo, que se ha suicidado por librarse de la ignominia de un combate en el circo. Despues de haber presenciado uno de estos espectáculos, tuvo la indiscrecion de referir delante de Neron, que en una de sus campañas de África, habiéndose alejado un día casualmente del campamento de las legiones, habiase visto sorprendido por la aproximacion de un enorme y hermoso leon, y que solo y sin más arma que su machete, habia luchado con la fiera y la habia muerto. Neron quedó tan admirado con el relato de esta accion, que dudando de la veracidad de Silano, quiso que éste justificase lo que acababa de referir, y le ordenó que descendiese en el acto á la arena para combatir contra un leon.

Silano no replicó, porque sabía que las órdenes del César son sentencias inexora-

bles, y pidiendo en el acto una espada, probó el filo de su punta traspasándose con ella la garganta y cayendo muerto y bañado en sangre generosa delante del pueblo, y á la vista del mismo Emperador que en el arrebato de su ciego furor y de su cólera, por ver defraudadas las esperanzas del espectáculo en que ya pensaba recrearse su crueldad, mandó arrojar el cuerpo de Silano á las gemonías (1), confiscó sus bienes y decretó la proscripcion contra sus hijos.

— ¿ Conocia el Emperador á los hijos de Silano? preguntó maliciosamente Eumolpe, fijándose en la rara belleza de aquellos dos jóvenes.

— No;— contestó sencillamente Cneyo— porque vivian en una heredad de su padre al abrigo de las intemperancias y de los apetitos de Neron.

— ¡ Bien pueden dar gracias á los dioses! Y ahora— dijo en tono diferente— detengámonos, porque estamos ya frente á la morada de Silia, y como ambos habeis llegado á serme interesantes, voy á procu-

(1) Lugar infesto destinado en la antigua Roma para ajusticiar á los malhechores arrojándolos á una especie de sima que tenia escalones inclinados hacia el abismo. El populacho y las gentes supersticiosas creian que los espíritus del mal habitaban de noche en las gemonías.—
(N. del T.)

rar introduciros á su presencia. Aguardadme un solo instante en el peristilo para que no seais rechazados por los esclavos.

Cneyo quiso seguir á Eumolpe penetrando tras él en la morada de su madre; pero Chrysis le contuvo, diciéndole:

— Detente y recuerda, hermano mio, que nuestro buen padre nos tenía dicho, que si algun dia nos viésemos obligados á demandar asilo á nuestra madre, deberíamos conducirnos como extraños, sin descubrir ni revelar á nadie nuestra llegada más que á ella misma.

Cneyo, con un gesto de aprobacion, demostró asentir á las razones de su hermana, y siguió con la vista á Eumolpe, que ya había penetrado en el pórtico y parecía discutir con el portero. Este sirviente, al ver el aspecto miserable del poeta, le rechazó con desprecio, y aún llegó á amenazarlo con que le soltaría el cancerbero de la casa, cuyo perro existia allí en realidad, aunque su imagen se viese pintada en la muralla del vestíbulo, según era la costumbre. Pero la insistencia del portero no podía vencer la del poeta, y éste al fin gritó:

— Esclavo, ve á decir á Silia que el poeta Eumolpe es portador de interesantes noticias de Roma y de Silano.

Este mandato fué expresado con tanta

energía y tanta altivez, que el sirviente creyó que debía someterse á la obediencia de un hombre que venia de Roma y que traía noticias del esposo de su dueña. En su consecuencia, le permitió pasar, y encargó á otro esclavo, que estaba en el atrio, la mision de anunciar á Silia la llegada de aquel extranjero.

Dejemos por ahora á Cneyo y Chrysis sentados sobre un banco de piedra frente á la puerta de la morada de su madre; dejemos también á Eumolpe que se paseaba grave y acompasadamente en toda la extension del atrio, acomodándose y poniendo en orden los pliegues de su toga y ensayando dar á sus vestidos cierta gracia y compostura, ya que carecian de lujo y aún de propiedad, y penetremos con el esclavo en el interior de la casa de Silia.

Aunque la esposa de Silano viviese sola, había, sin embargo, conservado las costumbres de las mujeres que habitan en reunion con sus maridos, y hasta la hora en que descendia al tablinio ó salon de recibimientos permanecia en el gineceo (1), que ocupaba el piso superior del edificio.

Aquel dia Silia se había despertado al

(1) Entre los griegos la palabra gineceo significaba toda la parte de sus casas destinada para habitacion de las mujeres.

rayar el alba; pero sola en su cámara, reclinada todavía en el lecho, y con la cabeza apoyada en una de sus manos, parecía estar entregada á profundas y serias meditaciones. Sus pensamientos eran interrumpidos de cuando en cuando por gestos ó movimientos uniformes que indicaban su conformidad con sus propias ideas, y buscaba entre las ropas de la cama un espejito de acero pulido que soltaba y volvía á tomar, lo acercaba á su rostro examinándole con interés, separaba sus labios con la punta del dedo para poderse registrar los dientes hasta su nacimiento, se palpaba las mejillas para asegurarse de su tersura, aproximaba y alejaba alternativamente el espejo, presentando simultáneamente todas las partes de su cuerpo, porque las pequeñas dimensiones de aquel mueble no le permitían poderse contemplar en conjunto, como puede hacerlo cualquiera de nuestras modernas coquetas; y por último, resumiendo en una sola frase su satisfacción y sus proyectos, se levantó diciendo:

— Aun quiero parecer más hermosa.

En el momento mismo de abandonar el lecho Silia dió una palmada, y una joven esclava, que esperaba esta señal en un departamento vecino, penetró en la cámara de su señora. Apenas se dignó ésta diri-

girle la palabra, y con un gesto le preguntó si estaba dispuesto el baño, contestándole respetuosamente la esclava, que ya lo tenía preparado hacia largo rato.

El palacio de Silia era uno de aquellos magníficos edificios donde se encontraban no solamente todos los objetos de primera necesidad, sino también todos aquellos otros que exigía el más refinado lujo y la más fastuosa opulencia.

Ya hacía mucho tiempo que las gentes de cierto rango no concurrían á los baños ó termas públicas, cuyos precios eran tan módicos que estaban al alcance de las más pobres fortunas, por lo cual sólo frecuentaba esos establecimientos la clase media y la plebe. Casi todas las casas tenían salas particulares de baño; pero sólo en los más ricos palacios era donde se encontraban reunidos á la vez las estufas, los baños tibios y los baños fríos. El palacio de Silia era uno de éstos y ella se entregaba cómodamente á ese placer todos los días.

La noble romana se dirigió, pues, á la sala de las estufas y penetró en ella, despojándose de todas sus vestiduras, y queriendo excitar la traspiración que el vapor no producía en la abundancia de sus deseos, tomó en cada una de sus manos una especie de maza, agitando los brazos y des-